

# ORACIÓN FÚNEBRE

PRONUNCIADA

POR EL REVERENDO PADRE ANTONIO PEREZ BARBA

**DE LA COMPAÑIA DE JESUS**

EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS QUE CELEBRÓ LA SOCIEDAD  
DE BENEFICENCIA POR EL ALMA DE

**Sor Teresa V. Bourdat**

Visitadora General de las Hermanas de la Caridad en el Perú.



Imp. y Lit. de la Librería Clásica y Científica

Calle de la Unión (antes Belén) Número 364.

LIMA-1892

*Fortis est ut mors dilectio.*

Cant. VIII. 6.

Fuerte como la muerte es el amor.

EXCMO: SEÑOR, ILTMO. SEÑOR (\*), SEÑORES:

**P**ARA NADIE es un misterio el objeto que nos ha reunido bajo las bóvedas de este augusto templo, y nadie ignora lo que significan la presencia de ese mudo, aunque elocuente túmulo, el sacrificio que acaba de ofrecerse sobre el ara santa, los sublimes acentos que hemos escuchado y las preces, que entristecida ha dirigido la tierra al cielo. Nos ha reunido el cumplimiento de un sagrado deber. Y todo ese aparato lúgubre con ese sacrificio, y esas preces, y esos conmovedores acentos, significan claramente la desaparición de un ser querido y altamente benéfico, ayer entre nosotros, sirviendo de luz y consuelo á muchos; hoy en mundo bien distinto del que habitamos. Significan clara-

---

(\*) Mons. Delegado Apostólico, asistente á la ceremonia y Mons. Obispo de Marcópolis, celebrante.

mente que la desapiadada muerte, que, acaba con individuos y familias, con pueblos y generaciones enteras, y que á decir del poeta romano, con igual y firme paso toca y entra lo mismo en los soberbios alcázares y dorados palacios de los reyes, que en las humildes cabañas y chozas de los labriegos, con su pavorosa é irresistible guadaña ha segado una preciosa existencia de nosotros conocida. Sigifican, por fin, la inesperada, aunque temida muerte de la Visitadora General de las Hermanas de la Caridad, residentes en esta ilustre Metrópoli, y en otros puntos de la República y fuera de ella, Sor Teresa Bourdat, que ha pasado á mejor vida. El cable nõs ha anunciado pocos días ha tan triste como dolorosa noticia, que, á manera de rayo, ha llenado de desolación á sus queridas hijas; ha herido el corazón del pobre, y llevado el dolor y la amargura á innumerables personas y familias, alcanzando no poco de este pesar á la respetable Beneficencia Pública de esta ciudad de los Reyes. Dicha Institución, reconociéndose deudora á tan benemérita Madre de ingentes y señalados servicios prestados en el desempeño de sus caritativas funciones, ha resuelto unánimemente celebrar estas solemnes honras en memoria y descanso de su

alma, y como público testimonio de su grande veneración y gratitud para con ella; y á la vez ha querido que yo sea el encargado de hacer su elogio ú oración fúnebre; atención, Señores, que agradezco debidamente, pero cometido para el que, francamente, ni fuerzas, ni capacidad siento. Porque seamos justos, Señores, ¿cómo podré yo presentaros la verdadera figura, cómo el cúmulo de méritos y virtudes, cómo las heróicas acciones de aquella, cuya pérdida tan justamente lamentamos; si ni tuve el gusto de conocerla y tratarla, ni cuento con los datos suficientes para mostrárosla en toda su grandeza, tal cual fué? Espero, pues, que tengáis presentes estas circunstancias para la indulgencia, como espero también que levantéis por un momento vuestros espíritus, y dejéis, si existen, añejas preocupaciones, para ver mejor y penetrar á fondo el móvil que guió á esta grande alma en todas sus acciones y empresas, mientras vivió entre nosotros. Las escasas noticias que la modestia de sus hijas y á la vez hermanas de Asociación me han proporcionado, junto con las que ya son del dominio público, me servirán de guía en esta humilde oración, que sólo aspira á daros á conocer, como pueda, *quien fué Sor Teresa Bour-*

10

*dat* (Q. D. D. G.) y lo mucho que hizo en vida, sobre todo en el Perú, por amor á los pobres.

## I.

¿Quién fué Sor Teresa Bourdat? Una excelente jóven cristiana lo primero, una egregia hermana de la caridad después, una eximia Superiora más tarde. Quién fué Sor Teresa Bourdat? Una mujer de cabeza bien organizada, de voluntad de bronce contra el mal, de corazón de oro para el bien, de espíritu acerado para mantenerse siempre firme en el cumplimiento del deber. Quién fué .....Pero, Señores, no adelantemos ideas, sigamos más bien el orden de tiempos y de hechos. Nacida el 17 de Abril de 1817 en Viriville, departamento de Isere en Francia, perteneció á una de las más distinguidas familias del lugar, tanto por los bienes de fortuna como, por los que algo más son y valen, los de fé y religión. Educada luego, según su posición requería, y dotada, si no de excelentes prendas físicas, que fácilmente se pierden, al menos de excelentes cualidades intelectuales y morales, que constituyen, como sabéis, lo mejor del verdadero mérito personal; trató á los 25 de tomar estado, asunto grave y trascendental,

en que no pocos yerran por guiarse más por la pasión que por la razón, más por fútiles y engañosos motivos, que por sólidos y levantados.

Brindábale el mundo, como á tantas otras de su edad y condición, con un risueño porvenir sembrado de flores y de dichas; pero afortunadamente la jóven Teresa no era de esas almas vanas y sin lastre, que fácilmente se mueven y fácilmente se dejan seducir por las ilusiones. Antes, repasando atentamente en su ánimo lo que en esos dorados sueños suele ordinariamente encerrarse, mucha apariencia y poca realidad; y descubriendo con superior mirada lo que descubrió allá el Sabio en su tiempo. «Vanidad en todo y aflicción de espíritu, fuera del servicio divino.» (Ecl. I, 2.); en este divino servicio fijó ella, particularmente desde niña su atención. Considerando, pues, como prudente que era, el noble y alto fin de su creación, enseñado por el Apóstol en estas hermosas palabras: «Una vez que os habéis hecho siervos de Dios, tenéis que dar un precioso fruto en la tierra, vuestra propia santificación, para que logréis vuestro último fin que es la vida eterna», (Rom. VI. 22); y considerando igualmente todas las cosas creadas, en especial los diferentes estados de la vida como

10

otros tantos medios dados por el Supremo Hacedor para el logro de ese doble necesario fin; ella espontánea y libérrimamente, y usando de los sagrados derechos que en esta parte otorga Dios á los hijos, escogió para sí aquel género de vida que creyó más seguro, más conforme á las rectas inclinaciones de su alma y que más pábulo había de ofrecer á la llama de caridad encerrada ya en su pecho; llama, Señores, que había de ser tan poderosa para el bien ó la edificación, como la muerte lo es para el mal ó la destrucción. Y con esto ya os hago entrever que la joven Teresa dando un eterno adios al mundo y sus cosas, y rompiendo, digo mal, trocando los quebradizos lazos humanos de la carne y sangre por otros más estrechos y estables, ingresó en la comunidad de las Hermanas de la Caridad, en Lyón de Francia, el 1.º de Diciembre de 1842. Ingreso, Señores, que de un golpe nos descubre toda su gigantesca figura, puesto que deja sin vacilar un mundo de bienes, de honores y de lícitos y honestos placeres, por otro de pobrezas, de abatimientos y de sacrificios perennes: que esta es en compendio la vida de las Hermanas de la Caridad, vida heroica y sublime, por abnegada y santa, como véis.



---



Tenemos ya á nuestra distinguida joven trasladada del seno de la familia al seno de la Religión; la tenemos en esta fervorosa, dócil, obediente y ejemplar; trasluciendo cada día, á pesar del velo de su modestia y humildad, los claros rayos de aquellos preciosos dones de sabiduría y prudencia, de rectitud y bondad, etc., que el Señor había depositado con larga mano en su bella alma. Donnes que bien pronto movieron á sus Superiores, apenas concluido el noviciado, á ponerla al frente de una casa de misericordia, donde estuvo ocho años. De Lyon pasó á Nápoles y Castelmare á dirigir un establecimiento durante dos, regresando después á Francia á ser Superiora en Valenciennes por seis, hasta su venida al Perú. Lyon, Nápoles, Castelmare, Valenciennes, ved ahí los parajes donde estuvo Sor Teresa V. Bourdat por espacio de 16 años, del 42 al 58. Y qué hizo en ellos? Qué había de hacer, Señores! lo que hace la luz donde quiera que está, alumbrar; lo que hace el fuego donde quiera que se halla, calentar; lo que hace el apóstol, donde quiera que fija su planta, convertir; lo que hace la misericordia á vista de la miseria, compadecerse y remediar. Puede daros respuesta más breve y exacta, y os la

voy á dar ahora. Lo que hizo fué ejercitar, y en grande escala, la caridad; la caridad, digo, que es luz, que es fuego, que es celo, que es compasión, que es todo lo grande y excelso de la tierra, y de un poder y fortaleza tal, que solo puede compararse á la fortaleza y al poder de la misma muerte. *Fortis est ut mors dilectio.* ¡Qué es todo lo grande y excelso de la tierra! Sí, Señores, y de los cielos. Ignoráis por ventura que en género de bien y de virtud, la caridad es lo que el oro entre los metales, la rosa entre las flores, el águila entre las aves, el león entre los animales, el sol entre los planetas, y la Teología en el imperio de las ciencias, la reina y señora y la que posee con preeminencia el principado? ¿Tan pronto se os ha olvidado que nuestro Dios es caridad, caridad su ley y evangelio, pero bien entendido? ¿Hay quien no sepa que la caridad, y sólo la caridad, vida del corazón, según San Agustín: *vita cordis est amor*, es la que nos da el ser y la talla de este ser delante de Dios, siendo el mayor hombre ante sus divinos ojos, no el conquistador que con sus armas y sus ejércitos pasea la tierra y la hace enmudecer en su presencia á lo Alejandro Magno, *Et siluit terra in conspectu ejus* (I. Mach. I. 3.); no el sabio que en-

riquece librerías y bibliotecas con mil producciones, que llama la atención del mundo y se alza con todos los aplausos, brillando á lo Salomón con la envidiable aureola del universal saber; no los Cresos del oro, ni las peregrinas bellezas de la tierra; sino el que tuviere mayor caridad, sea quien fuere, siéntese en majestuoso trono como David, ruede sobre el vil estiércol como Job? Dudáis, Señores, de la verdad de esta doctrina? ¿Gustaríais oír el testimonio de una autoridad irrecusable? Pues escuchad cómo se expresa sobre el particular el que fué amaestrado en el tercer cielo, escogido para llevar el nombre de Jesús ante los Presidentes y los Reyes de la tierra, y declarado vaso de elección, Pablo Apóstol por excelencia de Jesucristo y Doctor de las naciones. «Si, yo, escribe á los Corintios, (I. Cor. XIII. I. . . .), hablase las lenguas de los hombres y de los ángeles, y no tuviera caridad, sería como bronce que suena ó cimbalillo que retiñe,» esto es, un fugaz sonido que luego se disipa y pierde en el espacio. «Y si tuviese el dón de profecía y penetrase todos los misterios, y poseyese toda la ciencia, y el tesoro todo de la fe, de modo que á mi arbitrio trasladase los montes y los hiciese cambiar de asiento, y no tu-

viera caridad; nada sería. Y si distribuyese para alimento de pobres toda mi hacienda, y entregase mi cuerpo á las llamas para que ardiese, y no tuviera caridad; de nada me aprovecharía.» Es decir, Señores, que el Apóstol enseña lo que yo enseño, ó mejor dicho, yo repito lo que él enseña; que la caridad es la más excelsa de las virtudes, la que nos da el verdadero ser y grandeza delante de Dios, y la única entre las teologales que, comenzando en la tierra, se perfecciona en los altos cielos, porque nuestro Dios es caridad y cuando le veamos, seremos transformados en caridad, «seremos semejantes á él, porque lo veremos como él es» dice el sublime Apóstol San Juan (I. Joan, III 2.). Pues bien, Señores, en esta virtud eximia y autora de todo lo más grande y heróico que se ha obrado en el imperio de los humanos, fué distinguida Sor Teresa V. Bourdat; en ella encendió su corazón cuando niña; con ella creció cuando joven; por ella floreció en toda su vida, cuando abandonando el mundo y sus mil vanidades, se ingertó, permitidme la expresión, en el grandioso y divino árbol de la caridad, plantado por el Hijo de Dios en la tierra, como el de la vida en el Paraíso, y cultivado, como por el que más, por el grande, por

el heróico, por el inmortal Vicente de Paul, en sus múltiples y benéficas instituciones, instituciones que, según su mente y deseo, abarcan y remedian todas las necesidades y miserias humanas, como él las abarcó y remedió en su época, según aquella frase de oro que se lee en su vida: «No hubo género alguno de calamidad ó desgracia, á que él no atendiese con entrañas de verdadero padre». Sobresale, á mi ver, entre estas bellas instituciones la de las Hermanas de la caridad, ángeles, dicen y así es, de paz y consuelo en la tierra; madres, digo yo, verdaderas madres de caridad, con entrañas y corazón de tales, para el pobre y el desvalido. Institución, rama, . . . ¿rama digo? árbol diría más bien, que ha extendido sus raíces y sus vástagos por toda la redondez del globo, embalsamándolo con el aroma de sus virtudes, y embriagándolo con el divino licor de la caridad. No ya ostentosa hoja, Señores, que este árbol no las tiene; no simple olorosa flor, que tampoco las lleva; sino fruto, sazonado fruto de este magnífico y por siempre glorioso árbol fué Sor Teresa Bourdat. Esto dicen su renuncia generosa del mundo y aquel dejar con aliento padres, bienes y comodidades; ésto su vida de sacrificio por diez y seis

años en casas de misericordia y hospitales; ésto en fin, sus variados, y cada vez mayores cargos que siempre desempeñó á satisfacción de todos, á medida de sus fuerzas, empujada por la más ardiente caridad. Y aquí, Señores, yo lamento, y con razón, la falta de minuciosos datos para haceros ver el cuadro de sus virtudes en esta época; la magnificencia digo, de aquel templo de su corazón, los brillos de aquella su grande alma, adornada para mí de dones, como la tierra lo suele estar de flores, el firmamento de lucientes estrellas y el sol de vivísimos resplandores. Pero bastará deciros, para consuelo vuestro y mío en esta parte, que habiendo sido mujer de grande caridad, necesariamente debió tener aquel gracioso cortejo de virtudes, que el Apóstol atribuye á esta reina soberana, como otros tantos caracteres ó propiedades suyas, cuando después de haberla altamente encarecido habla y dice: «La caridad es paciente y benigna; la caridad no conoce emulación ni obra mal; la caridad no es hinchada, ni ambiciosa, ni interesada; la caridad no se irrita, ni piensa mal de nadie; la caridad no se alegra de la iniquidad, sino que se goza de y con la verdad; la caridad todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sobrelleva».

(I. Cor. XIII. 4....) Cuadro sublime, Señores, en donde yo veo anticipadamente la verdadera figura y retrato moral de Sor Teresa Bourdat y el de sus hermanas también; por ser como ella hermanas de caridad; y espejo brillante, en donde leo la más completa condenación de ciertas mentes, de ciertas lenguas y de ciertos corazones (y por cierto no los vuestros) que las tachan, sin duda por no conocerlas bien, sino de todos, al menos de algunos de los vicios opuestos á este cuadro de virtudes. Mentes, y lenguas y corazones á los que si vosotros me dierais licencia diría yo con toda la energía y convicción de mi alma: Atrás juicios erróneos, atrás infamadoras palabras, bajos é indignos sentimientos, atrás, atrás; dad paso á la verdad y á la justicia. Pero no me déis ese permiso, Señores; y sigamos más bien nosotros con esta vara de la verdad y de la justicia haciéndosela á Sor Teresa: pasemos, digo, al segundo punto de la oración, á ver de nuevo quién fué y los prodigios de caridad que realizó entre nosotros. Y aquí ya tenemos tierra firme en que apoyarnos, preciosos datos en que descansar.

## II.

El 2 de Febrero de 1858 llegó nuestra heroína á esta ciudad de los Reyes con el doble honroso cargo de Fundadora y Superiora á la vez, al que se agregó más tarde el de Visitadora General de todas las casas abiertas y por abrir en el Bajo y Alto Perú, comenzando por la Matriz, que es la de Santa Teresa. Para ahorrar tiempo, Señores, yo me apresuro á interrogar: ¿Qué fué Sor Teresa V. Bourdat en el largo periodo que vivió entre nosotros? ¿qué hizo de grande y de notable en él? Compendiaré la respuesta: fué mujer de extraordinario celo, de extraordinarias virtudes y de más extraordinaria caridad para con los pobres: hizo en todo esto maravillas y prodigios dignos de eterna memoria. Expongamos sumariamente estas tres ideas.

*Celo extraordinario.*—«Es el celo, dice San Bernardo, cierto estímulo de la caridad, que nos mueve fuertemente á procurar con toda diligencia la gloria de Dios y la salvación de las almas.» Por sus efectos, Señores, tal vez comprendáis mejor lo que es este poderoso estímulo, flor y esencia de la más grande y más hermosa de las virtudes, de la

que todas las impera y á todas preside como reina, la caridad cristiana. Esta cristiana y divina, que no humana caridad, carácter de todas las almas santas ó que aspiran á serlo, fué la que consumió en otro tiempo á los profetas de mi Dios, haciéndolos exclamar: al uno, «El celo por tu casa me ha devorado» (Ps. LXVII, 10): al otro; «Con celo he celado la gloria del Señor de los ejércitos» (III Reg. XIX, 10); á éste: «En las llamas de mi celo arderá y se abrasará toda la tierra» (Soph, III 8); y á aquel en expresiones parecidas. Esta virtud divina es la que hacía igualmente gritar al Apóstol: «La caridad de Cristo nos impele y estrecha» (II Cor V. 14) y luego recorrer provincias, derribar ídolos, extender el imperio de la fé y «sacrificarse y resacrificarse por el bien de las almas» (ib XII 15). Este imán poderoso fué el que, atrayéndolos con fuerza divina, sacó de su patria y comodidades á multitud de excelsos varones, y con brío luego los lanzó á todas las playas, á todos los continentes, y á todas las islas de la tierra, no en busca del codiciado oro, no del corrosivo placer, no del vano honor, sino de lo que más que oro, y placer y honor vale, en busca de las almas, imágenes de Dios, fruto de su sangre, y

destinadas á verle y á gozarle por toda una eternidad. Esta llama, en fin, fué la que condujo impávidos y alegres á los mártires al cadalso, á las vírgenes al claustro, á los anacoretas al desierto, y á los confesores á abrazarse placenteros con la cruz. Pues bien, este imán, esta virtud, este fuego y este ardoroso celo, sin el cual los mismos ángeles, á pesar de sus claras inteligencias, á pesar de su carencia total de materia, á pesar de su natural pureza son nada, en lenguaje de San Bernardo, y pierden la prerrogativa de su sustancia, sino la sustentan con el ardor del celo,» fueron los que dieron alas á Sor Teresa Bourdat y la hicieron venir presurosa, á la menor insinuación de la obediencia, al través de mares y peligros á estas renombradas tierras para consumir en ellas todo el que ardía en su pecho, en bien de los suyos y en bien de la humanidad doliente. Pero en qué lo mostró? diréis. Mostrólo en la fundación de diez y ocho casas puestas bajo su vigilancia y cuidado, repartidas entre Lima, el Callao, La Libertad, Cajamarca, Arequipa, Puno y La Paz de Ayacucho. Mostrólo en el sabio régimen que estableció en estas casas, manteniéndolas en la pureza de su primitiva observancia. Mostrólo en el cuidado y

esmero con que trataba á sus hijas, en quienes y por quienes ella trabajaba en su magna obra de los pobres, no de otra suerte, Señores, que Pablo aún tenaz fariseo, guardando las ropas de los apedreadores del glorioso Esteban, por las manos de todos podemos decir que arrojaba él piedras contra tan poderoso y elocuente rival y tan invicto diácono de la Iglesia de Cristo. Mostrólo, decía, en el esmero con que trataba á sus hijas, á quienes, si en plena salud pedía trabajo, rudo y constante trabajo en bien de los pobres; enfermas las consolaba y regalaba, y procuraba del todo restablecer, advirtiéndoles una y otra vez que no se pertencían á sí mismas, ni en sus fuerzas, ni en su salud, ni en nada; sino que eran de los pobres, enteramente de los pobres, por no decir de Cristo, que reconoce y premia lo hecho al pobre en su nombre, como si se hubiera hecho á su propia persona. Mostrólo en sus frecuentes y penosas visitas á dichas casas, atravesando grandes distancias y sufriendo no pequeñas incomodidades; y una vez llegada al término de su viaje, en enterarse de todo, en pensar en todo y en remediarlo todo según sus alcances. De modo que, Señores, bien podía Sor Teresa V. Bourdat, apropiándose las palabras del

10

grande Apóstol en sus solitudes y cuidados por el bien de las nacientes iglesias del Asia y sus fieles, decir á su imitación (II Cor. XI. 28) que el cuidado de sus casas é hijas, el de sus pobres y el de las siempre renacientes necesidades de estos la traían constantemente preocupada y absorta. Y no es este, Señores, un celo extraordinario? y no supone ésto caudales inmensos de paciencia y energía, de previsión y fortaleza en su desempeño? ¿y no entraña esto amor más fuerte, que la misma muerte, puesto que esta se verifica una sola vez, y pasa en un instante, mientras que la muerte que consigo trae este celo es diaria, como decía el Apóstol (I Cor. XV. 31), muerte sin fin por sufrir y padecer, viendo sufrir y padecer, como dice el mismo: «Quién de vosotros se enferma y padece, que no me enferme y padezca con él? (II. Cor. XI. 29): en una palabra por ver males sin cuento, dolores sin cuento, necesidades y miserias sin cuento, que se quieren y no siempre se pueden remediar? ¿Y no fué este conjunto de personas y de cosas, de cuidados y de desvelos de Sor Teresa una especie de remedo é imitación, si me es lícito hablar así, de aquella vasta, alta y amorosa Providencia del Señor que de todo cuida en esta universidad de

seres (Sap. VI. 8); que á todo atiende, todo lo prevee y encamina á sus fines, logrando siempre estos con gran fortaleza y disponiendo los medios con la mayor suavidad, como se lee en el libro de la sabiduría? (ibid. VIII. 1). Al menos á mí así me parece, cuando veo á Sor Teresa multiplicarse, por decirlo así, para atender á todo; cuando veo sus casas como otros tantos relojes bien ordenados, en que cada pieza ocupa su lugar, mueve y es movida á sus tiempos; cuando veo....; pero, Señores, dejemos el celo vivo, ardoroso é infatigable de Sor Teresa V. Bourdat, y pasemos á ocuparnos de sus virtudes.

*Extraordinarias virtudes.*—Y aquí se necesitaría un primoroso pincel para pintar el cuadro; y aquí haría falta una especie de visión beatífica para ver sin exageración, y sin exageración también hacer desfilas ante vuestra vista una por una sus numerosas y señaladas virtudes. Asunto es este superior, muy superior á mis fuerzas y sobre el que, por lo tanto, tartamudearé como niño, dejándolo bien desfigurado é imperfecto. Su fé era tan viva, que de ella se alimentaba constantemente, como el justo, de quien nos habla San Pablo, diciendo: «Mi justo vive de fé» (Heb. X. 38). Su espe-

10

ranza tan firme, que, en medio de los diversos apurados trances en que se vió en sus fundaciones y sostenimientos de sus casas y pobres, jamás, jamás desmayó. Y si alguna vez se trató por alguién de suprimir alguna de aquellas por la escasez de fondos, Sor Teresa, fiada en Dios, á lo Abraham, no lo consintió; y suplió la escasez de fondos con el exceso de su caridad, que sabía pedir y recibir, buscar y hallar, tocar y dar más que con puertas con corazones piadosos, siempre abiertos para el alivio del pobre. Su caridad tan ardiente, como habéis visto y veréis mejor después. Fué tan señalada en prudencia, que medio siglo de mando, entre el viejo y nuevo mundo, lo acreditan suficientemente. Tan sobresaliente en justicia, que bien pudo competir con los primeros en esta parte; pues siempre dió á Dios lo que de Dios era, el bien, la gloria y el honor; á sí lo que á sí deberse creía, el olvido, el desprecio y la humillación; y al prójimo ... al prójimo, Señores, un corazón vasto como la mar, lleno todo de la más tierna compasión y de la más exquisita y delicada caridad. Tan notable en fortaleza, que en aras de esta virtud heroica, podemos decir, sucumbió. Su templanza era en todo parecida á su fortaleza, justicia y pruden-



---



cia; cuatro virtudes cardinales, que son como otros tantos áureos quicios sobre los que giran los grupos de las demás virtudes. ¿Pués, qué os diré de las llamadas virtudes morales, si su alma era una especie de vergel aromático en que estas preciosas plantas y flores competían lozanas en gallardía, en colores y en olores? Tuvo tanto horror al pecado, que sólo su nombre la afligía, oyendósele decir con frecuencia: «¡Ah! que nuestro Señor es ofendido....» ofensa que ella evitaba, si podía, ó si no, afanosa luego reparaba por medio de propias y ajenas oraciones. Atesoró tanta humildad, que aún la sola sombra de honor ó de deferencia hácia su persona se le hacía insoportable. Y testigo pudiera yo poner ahora que tratando con maña, y arguyendo con maestría á la venerable anciana para que, antes de su partida á Europa, se dejase retratar y diese este pequeño consuelo á sus hijas, y á las numerosas personas que la estimaban, que podemos decir fueron tantas, cuantas tuvieron la dicha de conocerla y tratarla; como la estrechase, digo, con sus vigorosos argumentos, oyó atónito este elocuente grito de humildad: «Plutôt la mort», antes la muerte. Resolución, Señores, no hija de la terquedad, del orgullo ó de la vanidad, que



en todo puede meterse, y en todo, si no hay mucho cuidado, se mete; sino fruto legítimo del profundo estudio, y del profundo conocimiento, y del más profundo desprecio que de sí y de todas sus cosas tenía; sentimiento, añadido yo, muy conforme á la fé, y muy propio de un alma verdaderamente humilde. Pablo, Señores, predicando á los fieles de la primitiva Iglesia que debían vivir muertos á los vicios, y llevar una vida escondida en Cristo; David, postrado en la presencia del Señor, bañado con sus soberanas luces, y viendo «desaparecer su pequeñez ante tan gran Majestad» (Ps. XXXVIII. 6), como vemos nosotros desaparecer el brillo de las estrellas en presencia de la luz del sol; Isaías, el sublime Isaías, abarcando con una sola y vasta mirada «todas las naciones y grandezas de la tierra, y reputándolas como cosa de juego y de nada en comparación de Dios» (Is. XL. 17); Pablo, repito, David é Isaías, hubieran comprendido sin duda mejor que nosotros ese grito de Sor Teresa Bourdat «Plutôt la mort», grito tal vez para nosotros ridículo y hasta risible, porque no vemos lo que ella veía, ni nos comparamos con quien ella se comparaba, teniendo así mayor concepto de nosotros de lo que es justo, siendo lo más natural en-

tonces que, como el agua cerca al pez y el aire rodea al ave, así la vanidad cerque y rodee al hombre, al hombre digo que en frase de la Escritura es de suyo «un conjunto de purísima vanidad» (Ps. XXXVIII. 6). Prosigamos. Fué tan indulgente para con el prójimo y tan celosa de su buen nombre y fama, que no permitía que se hablase mal de nadie en su presencia, siendo ella la primera en dar el ejemplo, digno por cierto de ser imitado por un mundo que adolece del vicio contrario. Era tan firme en el cumplimiento de sus deberes, que no había consideración humana, ni influjo de persona poderosa que no se estrellase sobre este muro de fortaleza, como estrellarse suelen las olas del mar sobre sus bien asentadas rocas. Tan avara fué del tiempo que no perdía un instante de este precioso dón, consagrándolo todo al servicio de Dios y de sus pobres; lección poderosa é instructiva para aquellos de quienes dice David que: «El tiempo de guardar la ley, donde se encierra todo nuestro bien, como sabéis, lo emplearon en disiparla y quebrantarla» (CXXVIII. 126. Fué tan fiel á sus reglas y á los usos y costumbres de la comunidad en que vivía, que su observancia rayaba ya en escrúpulo, guardándolas todas hasta el fin de su vida

como pudiera hacerlo la más fervorosa novicia. Y nada más? No, procurando también....—gran cosa, Señores, gran cosa la que paso á decir y que vale por muchas—procurando, decía, mantener en todo su vigor en el seno de la familia, que le estaba confiada, el espíritu de su santo Fundador, Vicente de Paul, á quien ella veneraba como á Padre, en quien ella confiaba como hija, á quien trataba de imitar en todo como acabado modelo, y á quien, á mi juicio, imitó; sobre todo, en las tres virtudes características del Santo, aspiración constante de todos sus hijos é hijas, la caridad, la humildad y la santa sencillez. Tan particular devoción profesó á la Virgen Madre, que el gozo no le cabía en el pecho y le salía al rostro, cuando se acercaba, ó ya celebraba alguna de sus festividades, distinguiéndose en la progagación del misterio de la Inmaculada, misterio, honor y gloria de la pobre humanidad. Amó tanto....pero, Señores, esto equivale á querer ser interminable en este punto; esto es lo mismo que querer sondear y atravesar después las aguas de un mar sin fondo y sin riberas. Y nos queda aún por decir algo de lo más esencial y característico, de la extraordinaria caridad de Sor Teresa V. Bourdat para con los pobres del



Perú: materia que por su importancia y trascendencia quiero que forme capítulo aparte.

### III.

*Extraordinaria caridad.*—Si hasta aquí he andado algo temeroso y sobrecogido por lo imponente é ilustrado de mi auditorio, por ser la primera vez que ensayo este género de discursos, por la falta de datos en algunas partes, la sobra en otras, y más que nada, por no haber podido coger bien el carácter de la ilustre difunta, ni madurar suficientemente las ideas; ahora, Señores, me encuentro enteramente turbado y confuso sin saber qué hacer, si hablar ó callar; y si hablo, por dónde debo comenzar, ó en dónde debo terminar. Pues se trata de revelar toda el alma, todo el corazón de una digna hija del gran Vicente de Paul, corazón bañado todo, lleno todo, redundante todo en purísimos amores y tiernísimas misericordias para con los pobres de Cristo. Los pobres! herencia indefectible, Señores, de los siglos según promesa divina: «Pobres siempre tendréis con vosotros», dijo la Eterna Verdad (Mat. XXVI. 1.). Los pobres! objeto predilecto de los heraldos ó profetas de mi Dios, y de mi Dios mismo, que fué enviado para

evangelizar á los pobres (Luc. IV. 18). Los pobres! signo augusto y prueba concluyente, que dió el Hijo de Dios de su venida al mundo á los embajadores de su excelso Precursor, diciéndo: «Id, y contad á Juan lo que habéis oido y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados». (Luc. VII. 22.) Los pobres! puertas del cielo para el rico que por Dios los socorre, y sus mejores y más poderosos abogados delante del Señor. Los pobres!....pero á donde me lleva la fuerza mágica, y para mí sublime de esta palabra pobres?

Ved ahí ya, Señores, el anhelo y el encanto de Sor Teresa V. Bourdat, ved ahí sus delicias todas en la tierra, el pobre, el alivio y socorro del pobre, la protección y amparo del pobre, el continuo pedir y viajar por el pobre, el no respirar sino para el pobre, el morir en fin por el pobre. ¡Cuán grande, cuán magnífica y excelsa no pudiera yo mostrárosla ahora, recorriendo historias, aduciendo hechos, y presentándoos egregios y sublimes modelos sacados de las divinas letras, á los que Sor Teresa se acercó, si ya no, según su estado y condición, del todo imitó. Pablo, por ejemplo, colec-

tando limosnas y acompañando á los que las llevaban á los fieles pobres de Jerusalén; Tobías, consolando en Nínive á sus hermanos de cautividad, alentando, digo, al triste, vistiendo al desnudo y enterrando al muerto; Job, sirviendo de sostén en Hus, ciudad de los Caldeos, á todos los infelices de este lugar, esto es, partiendo el pan con los pobres, y declarándose su más decidido protector, y hasta verdadero padre, como él mismo se apellida «padre era yo de los pobres»; Job, vuelvo á decir, príncipe oriental, hombre recto, sencillo y temeroso de Dios, que se gloriaba de ser ojos para los ciegos, piés para los cojos, y misericordia para con todos; misericordia, que habiendo nacido con él desde el vientre de su madre y con él crecido desde su infancia (Job. XXXI. 18), la derramaba luego sobre todos los miserables como las nubes sus aguas y rocíos sobre los secos y yermos campos; José en fin en Egipto, desempeñando el papel como de padre para con Faraón, y salvando con sus acertadas y sabias medidas á los pueblos y al reino todo de los horrores del hambre, etc.; me darían, Señores, materia más que sobrada para enaltecer la grande figura, y la insigne caridad y misericordia de Sor Teresa V. Bourdat para con los pobres.

Pero dejemos estas y otras muchas cosas y vengamos á los hechos. ¿Qué hizo Sor Teresa V. Bourdat en los 34 años que pasó en esta ciudad, más que con el título de Superiora y Visitadora, de su Sociedad, con el de Madre de los pobres? ¿Y quién será capaz de responder con exactitud á esta pregunta, sino aquel Señor, que como cuenta los astros del firmamento y las gotas de agua de los océanos, y los granos de arena de los mares, y hasta los cabellos de nuestras cabezas, así cuenta las acciones y las palabras, los pensamientos y los deseos, y hasta los más secretos afectos del corazón del justo para el premio, como cuenta los del pecador para el castigo?

Soy franco, Señores, y voy á usar de franqueza con vosotros. Temo excederme al hablar de esta materia, temo abusar de vuestra larga paciencia y benévola atención; temo hasta que me tachéis de exagerado, si digo todo lo que siento al respecto, al tener que contestar á tan interesante pregunta. Voy, pués, á dejar mi puesto, voy á ceder mi pobre y torpe palabra, á la palabra expedita y elocuente de uno de vosotros, más enterado, sin duda que yo en el asunto, y que por lo tanto se expedirá mejor. Que si esto no consentís, entonces, con

su permiso y vuestro, voy á refrescar ahora ideas ya refrescadas, y á reproducir pensamientos ya reproducidos, y á emplear frases y palabras ya empleadas y vistas en los órganos de la prensa.

Y lo voy á hacer con tanto mayor gusto, cuanto que así se evitan mis temores y se consulta algo á la brevedad, cosa buena, cuando tan largo rato llevamos ya empleado. Aludo, Señores, para que salgáis de ansiedad, al primer documento biográfico de Sor Teresa V. Bourdat, que vió la luz pública en esta ciudad en el decano del periodismo *EL COMERCIO*, y que luego ví reproducido en *LA REVISTA CATÓLICA*; documento preñado de altas ideas y delicados sentimientos. Y bien, ¿qué dice el tan inteligente como buen apreciador de los hechos meritorios de Sor Teresa, en punto á caridad práctica para con los pobres del Perú? Dice que desde la llegada hasta la partida de tan dulce y buena Madre «los servicios prestados por esta santa mujer á los pobres del Perú, son innumerables»; y lo innumerable no lo cuenta el hombre, pero ni lo puede contar. Dice que «á la vez que con la cabeza de estadista organizaba por cuenta de la Beneficencia Pública el servicio de los hospitales, con corazón lleno de caridad, distribuía sigilosamente

entre los necesitados, sin que ellos mismos supieran de donde les llegaba el auxilio que recibían, toda la renta que producía su patrimonio.» Es decir, que Sor Teresa V. Bourdat, al mismo tiempo que atendía con inmensa caridad á los pobres de los hospitales, que corrían y corren por cuenta de la Beneficencia Pública, y cuya organización y buen servicio ella planteó á costa de cálculos, de previsiones, de diligencias y de afanes, estaba por decir tan numerosos como las enfermedades y los colores, las miserias y las necesidades, que dichos establecimientos consigo traen; atendía igualmente y con el mismo ardor, no sólo á innumerables pobres vergonzantes, ayer ricos, hoy pobres, ayer dando, hoy recibiendo, que tales son los caprichos de la fortuna, ó lo que es más acertado, las disposiciones ó permisiones de lo alto; sino á otros muchos no vergonzantes, de toda edad y condición, que acudían diariamente á implorar su caridad, gastando de buen grado en estos y aquellos, la renta toda de su patrimonio. ¿Y sólo de su patrimonio? También podemos decir parte del patrimonio ajeno; pues se la veía andar constantemente ¿quién no lo sabe? pidiendo de casa en casa, de comercio en comercio, de oficina en oficina, adon-

de quiera que esperaba recibir algún socorro para sus pobres. De modo que, Señores, bien podemos asegurar que no se afaná ni se afana tanto la candorosa paloma para sacar y alimentar su cría, no tanto la solícita y amorosa gallina para proteger y defender sus amados polluelos, no tanto la industriosa abeja, para recorrer campos y flores y extraer de ellas los elementos de su rico y sabroso panal; como trabajó y se afaná Sor Teresa V. Bourdat, para vestir y alimentar, para socorrer y consolar á sus pobres, que siempre llevaba en medio de su corazón.

Dice, por fin, y aquí pido atención, «que nadie, absolutamente nadie, miró con el celo y amor que ella los intereses de la Beneficencia» y que «las sumas que ha economizado á la Institución, representan centenares de miles.» Estas frases, Señores, la una y la otra, ambas á dos juntas, son estupendas, son casi increíbles por su alto y profundo significado. Y casi seguro estoy de que si como soy simple relator, fuera autor de ellas, quizás, quizás no las hubiérais oído con tanto gusto; quizás, quizás en las palabras «nadie, absolutamente nadie,» os hubiérais creído por mí ofendidos. Arrojan tanta luz, alumbran tantos horizontes, reve-

lan tanta grandeza de alma, ponen tan de relieve el desinterés, la pureza, la caridad excesiva de Sor Teresa para con los pobres, pues este y no otro era el móvil y secreto de ese celo y amor, y de esas economías é intereses; que yo al contemplarlas, no puedo menos de maravillarme y espantarme. Y al referirme á Sor Teresa, no puedo dejar de exclamar: prodigio, prodigio de caridad, nunca ó rara vez oído en el mundo; y al dirigirme á la ilustre Beneficencia Pública, que presente se halla, á quien amo y respeto, y cuya mayor prosperidad de veras deseo, después de admirar con ella tan acabado modelo; no puedo tampoco dejar de darle por un lado el más expansivo pláceme por esos cuantiosos ahorros, y por otro el más sentido pésame por la pérdida de tan benéfica y santa mujer.

¿Y nada más dice el precioso documento, ó sea su autor? Oh! no: estampa una frase, para mí verídica, para mí asombrosa; lacónica y que todo lo dice; sencilla, pero que en su sencillez sublime condensa el mérito todo del más sobresaliente panegírico, por condensar el carácter, el espíritu, el corazón, todo el ser de Sor Teresa V. Bourdat. «No pensaba, dice, sino en el bien de los po-

bres.» Está dicho todo, Señores. esta frase yo no la comento, la oigo en el silencio, la aplaudo con frenesí, la admiro con estupor. Cuanto se diga, ya no será más que repetirla, y á lo más confirmarla. Permitidme, sin embargo, Señores, que me saboree con ella, repitiéndola una y muchas veces. No pensaba, sino en el bien de los pobres! Sí, y por eso entre otras obras pías, fundó el Asilo de Santa Teresa, y los colegios de niños y de niñas, que dirigen las Hermanas de la Caridad; y por eso su abnegación en servir y socorrer á los pobres, llegó hasta el sacrificio. ¡No pensaba, sino en el bien de los pobres! Sí, y por eso jamás pensó en su persona, para la que todo estaba de más, por encontrar que todo era poco para sus pobres. ¡No pensaba sino en el bien de los pobres! Sí, y este es el motivo porque, cuando oía que la vanidad del mundo había gastado miles, en un convite, por ejemplo, en un baile, ó en cosa parecida; ella exclamaba con el corazón partido de dolor: ¡«Ay de mis pobres, y cuán pocos piensan, y cuán escasos andan para con ellos los que tan pródigos se muestran para las cosas de la tierra! Y esta es la causa porque sufriendo á veces desaires y arrostrando sinsabores, pedía, y no

se cansaba de pedir, pan para sus pobres, alimento y vestido para sus pobres. ¡No pensaba sino en el bien de los pobres! ¡Cuántas y cuán tiernas cosas no pudiera yo deciros al respecto, si no temiera molestar demasiado vuestra atención! Por amor á los pobres presidía con sumo interés, y á pesar de sus múltiples ocupaciones, las reuniones de las Señoras de la caridad, encargando de un modo especial al separarse de Lima «que trataran de conservarlas y aumentarlas, sobre todo las de la parroquia de San Lázaro, en donde parece, decía, haberse refugiado todas las miserias. Por amor á los pobres en la primera carta que escribió desde su viaje recomendaba á una de sus hermanas que «pidiera arroz para sus pobres», temerosa de que no tuviesen lo suficiente. Por amor á los pobres, antes de su partida, dejó dispuesto en su testamento que de los 3,700 francos que aún le restaban de su patrimonio, se tomasen 200 para sufragios por su alma; y los 3,500 se repartiesen entre los pobres, señalando para el efecto casas y casas. Por amor á los pobres. . . . pero abreviemos, Señores, abreviemos: á la edad de 78 años, contra el parecer de todos, y con la salud bien quebrantada; partió como una flecha, y en alas de la más ar-

diente caridad el 22 de Marzo á Paris, adonde llegó el 23 de Abril, esperanzada de poder traer nuevas auxiliares, que la ayudaran á realizar su grande obra de caridad en estas regiones. Y era inútil que una de sus hijas la rogase, y le suplicase otra, y todas gimiesen, previendo el fatal desenlace; porque todas oían la misma respuesta: «El bien de los pobres me lleva. . . . Voy á traer Hermanas para que sean mejor asistidos. Si los hombres de más edad que yo hacen semejantes viajes para buscar los falsos bienes de la tierra, ¿no lo haré yo por los intereses de Dios y de los pobres? . . . . . Esta es mi idea. Por lo demás estoy en sus benditas manos: que su santa voluntad se cumpla.» Basta, Sor Teresa V. Bourdat, basta. No hables más, mujer fuerte, que tu lenguaje es sublime y patético, y el corazón se conmueve y las lágrimas ya quieren brotar. Te has retratado, tú que no querías retratos; y te has retratado tan bien, cual yo no he podido en todo este largo discurso. Anda, corre, vuela á depositar en manos de tus superiores la alta misión que ellos 34 años ha te confiaron, y en que tanta gloria has dado á Dios, tantos méritos te has granjeado, y tanto bien has hecho á la humanidad. Dí, cuando llegues, á

Sor María Kieffer, súbdita tuya en otro tiempo, primera Superiora del hospital de Santa Ana, y ahora maestra de novicias; el objeto que te lleva. Expón detenidamente á Sor Rosa Havard, súbdita tuya igualmente, portera primero y superiora después del mismo hospital, y ahora insigne Generala; el estado de tus casas y hospitales; interéstate con todas; y arranca y trae un buen contingente de Hermanas auxiliares; que te recibiremos en palmas y te cantaremos himnos y haremos excesos en tu loor, por entender en la más grande de las obras, la obra de los pobres, á la que está vinculada una dulce é infalible promesa, la de «bienaventurado y feliz»: *Beatus qui intelligit super egenum* . . . (Ps. XL, 2).

Pero Señores, gozos breves, frustradas esperanzas, eclipsadas alegrías, El 5 de Mayo del presente año, á los pocos días de su llegada, después de haber expuesto su mensaje y cuando esperaba ser bien despachada, acometida por violenta enfermedad, dejó de existir; y durmió el dulce sueño de los justos para ir á despertar en más claras regiones. ¡Murió Sor Teresa V. Bourdat! pero no morirá su bendita memoria entre nosotros, mientras haya gente agradecida, nobles y bien puestos

corazones. ¡Murió Sor Teresa V. Bourdat! pero no morirán sus obras, ni sus virtudes, ni sus heroicos sacrificios. ¡Murió Sor Teresa V. Bourdat! pero no morirá jamás su ardiente caridad para con los pobres del Perú; antes se encenderá más y más, cuando entre, si ya no ha entrado, en el gozo de su Señor, en cuyas benditas manos siempre estuvo, y á quien agradó ya cumplir en ella su santísima voluntad. Que estas solemnes honras, que este público testimonio que le ha tributado la Beneficencia Pública de Lima le haya servido de alivio, si todavía lo necesita; y si no, que le sirva de poderoso estímulo y continuo despertador para proseguir realizando desde el cielo, su grande obra de caridad en estas regiones.—*Requiescat in pace.*

